
Entrada libre

¿Serán los amantes más felices sin el desgarramiento de la espera...?

Entrevista con Umberto Eco

Daniel Soutif

Tomado del guión de la exposición “Le temps, vite”, que se presentó del 12 de enero al 17 de abril del 2000 en el Centro Pompidou de París, Francia. Traducción de Esteban Sánchez de Tagle.

Daniel Soutif.- *Antes de abordar otras cuestiones relativas al tiempo, la primera que se impone es ésta del cambio del milenio, del paso al año 2000.*

Umberto Eco.- Yo estoy con quienes piensan que el milenio se acaba justo al final del año dos mil. Y por haberlo escrito alguna vez, recibo de continuo cartas al respecto. No falta quienes se ponen a hacer cálculos, profesores que lo que quieren es hacer trabajar a sus alumnos... Es en verdad una batalla. Y voy a resolverla de una vez por todas. Supongamos que Jesucristo haya nacido en el minuto cero primer segundo del 31 de diciembre de un año cualquiera. Si, después del primer día, alguien le preguntó a José “qué edad tiene el pequeño”, ha debido responder “tiene un día”. Cuando la llegada de los Reyes Magos, tendría doce días y José pudo entonces decir que estaba en su primer año, al término del cual cumpliría un año. Al final del décimo año —un cero— tendría 10 y entraría a su onceavo año. Supongamos que Cristo no hubiera muerto sino que siguiera vivo hasta la fecha. El 31 de diciembre del año dos mil habría sido posible decirle, “Es tu aniversario, tienes dos mil años y, a partir de mañana entrarás a tu tercer milenio”. Entonces, ¿por qué —como hicieron al final del otro siglo— tienen que adelantar un año el fin de siglo o de milenio? ¿se justifica? Simplemente se dejan deslumbrar por el atractivo misterioso del doble cero que sugiere la idea de un inicio, aunque no lo sea. A ello se añade el hecho de que hoy en día tenemos un juez que nos quita toda autonomía, toda posibilidad de decisión, y éste es la computadora. Es ella quien ha entrado en crisis a causa del doble cero... Nada puede hacerse, hay que respetarla. Es ella la que nos ha dicho: “El año dos mil es el importante”. Con todo, aun estando de acuerdo,

Hoy vivimos sometidos por una idea del tiempo mecánico que, durante miles de años, no les hizo falta a los seres humanos.



podría decir que el año dos mil no es el inicio del milenio sino justamente el final del milenio de las computadoras...

D.S.- Este conteo en torno a la edad de Cristo, que nos conduce hasta el dos mil en un instante, no considera los contratiempos del calendario, los días que han sido restados, que se han ajustado, el paso del calendario Juliano al Gregoriano. ¿Cuál es, para usted, el lugar del calendario en la vida psicológica y social de los hombres?

U.E.- Prácticamente ninguno... El tiempo medido es una invención moderna, que se remonta, digamos, al siglo XVII. En la antigüedad la gente no tenía conciencia del tiempo. Medía las horas de tres en tres, la hora sexta, la nona, la tercia. La jornada estaba señalada por las campanas, una o dos veces al día, y por el sol. Al ocaso, se iba uno a dormir. Las citas se hacían para el día siguiente sin consultar el reloj. Se podía esperar todo el día el arribo de alguien... El año se medía en función de la Navidad, la Pascua, Pentecostés y, para el resto se esperaba el Juicio Final. La gente, aun la más ilustrada, no sabía con precisión su edad porque no existían los registros. No se sabía si se tenían cincuenta, cincuenta y tres o cincuenta y cinco años... Cuando se les dijo que el papa había cambiado el calendario, el hecho no les hizo el menor efecto. Durante casi dos siglos, se vivió, de este lado de la Mancha, con el nuevo calendario gregoriano mientras que, del otro lado, se vivía todavía con el anterior, y nada sucedió... Esta obsesión por medir el tiempo, esta idea tan presente del calendario, es una invención moderna. Como existen otras invenciones modernas del mismo género. Por ejemplo, ha podido descubrirse que la infancia es una invención moderna. Antes, el niño no existía. Era un adulto un poco más pequeño que vivía con los demás y que vestía como ellos... De la misma manera, es hoy que vivimos sometidos por una idea del tiempo mecánico que, durante miles de años, no les hizo falta a los seres humanos. La primera invención verdaderamente mecánica fue, por lo demás, el reloj. Y hasta que se inventó había sido perfectamente posible sobrevivir a la ausencia de todo cálculo preciso del tiempo. Transcurríamos en el tiempo como nos dejamos llevar por un río, sin saber en qué kilómetro se está. Hoy, por el contrario, somos prisioneros de tales mediciones precisas... y es otra historia...

D.S.- El pasado, el presente, el futuro... ¿cómo se orienta todo ello? ¿Es el futuro que viene hacia nosotros o nosotros que vamos hacia él? ¿Es el pasado el que se aleja? ¿En qué consiste esta cuestión de la aguja del tiempo, del tiempo irreversible?

U.E.- Soñamos con la posibilidad de la reversibilidad del tiempo, y, como se nos ha dicho que dicha posibilidad se produce a ciertos niveles subatómicos, imaginamos ahí ventajas mayores porque somos prisioneros de la flecha del tiempo. Marchamos inexorablemente hacia la muerte. La entropía nos apabulla. También estamos confundidos por el hecho de inscribir el tiempo en el espacio. Piense usted en aquella película "Back to the future", en la que el jovencito arranca en un cohete hacia el futuro; en términos de espacio se fuga hacia adelante. Pero cuando del futuro penetra en el pasado, vuela en la

misma dirección: hacia delante. Habitualmente, en efecto, cuando pensamos en el futuro lo vemos hacia delante. Decimos, “no, esta semana no, vendré la semana próxima...” haciendo un gesto de hacia delante. Se dice también, “regresar al pasado”. En ciertos idiomas sin embargo, es al contrario. Para algunas civilizaciones el futuro está detrás nuestro porque no lo podemos ver, mientras que el pasado está de frente porque podemos verlo. Nosotros mismos, hablamos del gran teatro de la memoria y vemos de frente algo que es nuestro pasado. A veces, pensamos que la muerte nos persigue para atraparnos; el futuro entonces viene de atrás. Pero, para escaparnos, iniciamos la huida hacia delante, hacia otra prolongación del futuro. Es una situación muy confusa. Las dos instituciones kantianas, el tiempo y el espacio, caminan mal como resultado de que necesariamente hay que traducir la una en términos de la otra.

D.S.-¿Qué piensa usted exactamente de los relojes, de todos esos objetos que nos rompen el tiempo en unidades cuantificables? ¿Se trata de meros objetos anodinos que nos permiten situarnos en el tiempo o más bien de instrumentos de coacción —mejor— de tortura?

U.E. Es necesario que escojamos el tiempo del cual queremos hablar. Aquí, en París, vivió a principios de siglo un señor que se llamó Bergson y que distinguía ya muy claramente el tiempo mecánico de los relojes del de la duración interior. Antes de él, también estuvo san Agustín, a quien se le debe la primera reflexión fundamental en torno a la temporalidad como un hecho interno, subjetivo, estrechamente ligado a la memoria. Tenemos pues ambas temporalidades, una que nos impone la naturaleza, porque el primer reloj es solar, astral. El sol realiza su tarea. Decide el momento de su aparición y de su desaparición. Después, vienen los relojes mecánicos que no son sino una reproducción del tiempo solar, del tiempo astral. Aun así, da comienzo el embrollo de medir el tiempo en términos espaciales porque el movimiento de las manecillas de un reloj es inverso al de la sombra de un reloj solar; otra vez, el tiempo y el espacio vuelven a no poder ponerse realmente de acuerdo. Hoy, en nuestra civilización mecánica, estamos dominados por el tiempo métrico de los relojes. Sufrimos el chantaje del reloj —“Oh, estoy retrasado...”—, cosa que es una idea moderna. En el pasado, uno no estaba jamás demasiado retrasado. Todo lo cual puede, en ocasiones, hacer que nos olvidemos del tiempo de la duración. El reloj se convierte entonces en una especie de enemigo que nos arrebató la dimensión de la memoria. Y no es por casualidad que en la época barroca, al tiempo que comenzaron a construirse los primeros relojes mecánicos que funcionaban realmente bien, hubo en Italia una poesía de horror al reloj considerado como una especie de esqueleto que roía el tiempo... Hubo un poeta, Lumbrano, que escribió soneto tras soneto en torno a esta obsesión del tiempo métrico como tiempo de la muerte.

A propósito también de la duración interna y del tiempo métrico, otra cuestión divertida debe hacernos reflexionar. Habitualmente se considera nuestro tiempo interno como diferente del tiempo métrico. El escuchar música, un momento de reflexión, pueden dar la impresión de haber durado una eternidad. Cuando uno se aburre, cuando,

Para algunas civilizaciones el futuro está detrás nuestro porque no lo podemos ver, mientras que el pasado está de frente porque podemos verlo [...]. Las dos instituciones kantianas, el tiempo y el espacio, caminan mal como resultado de que necesariamente hay que traducir la una en términos de la otra.



Toda sociedad, como todo individuo viven de la memoria. Sin memoria, no existe duración, no existe el alma. El problema del archivo está ligado a la memoria y al pasado, aun cuando el archivo sea el archivo del presente.

por ejemplo, uno espera el avión o el tren, el tiempo no pasa nunca. Mientras la computadora dilata un minuto en efectuar una operación, ese minuto es terrible. Nunca nos dan el siga. Pero, mientras me dedico a recordar aquello que hice en el curso de los meses precedentes, si, en junio, no hice nada que fuera de interés, ese tiempo, en la memoria es cortísimo, mientras que, si en el mes de julio, vinieron unos amigos o si viajé, ese tiempo, porque ha sido intenso, se vuelve extenso. De modo que los tiempos que nos parecen largos en el presente se convierten en muy cortos en la memoria y viceversa.

D.S.- Acaba usted de abordar la cuestión de la memoria. La memoria conoce multitud de formas o de materialidades diversas. Está nuestra memoria natural, aquella que nuestro sistema nervioso nos permite construir. Existen las técnicas mentales de la memoria, por ejemplo la de los griots africanos. Y además están las técnicas materiales de la memoria, la escritura, la fotografía, el cine, todas las formas de registro. En todas las sociedades occidentales modernas están al mismo tiempo los archivos que utilizan estas técnicas. Así almacenamos tiempos, en cantidades más y más ingentes, y que están ahí, registrados, a nuestra disposición. Luego, no tenemos tiempo, y de cierto, no tenemos el de revivir todo ese tiempo acumulado como memoria. Hay ahí una paradoja que es posiblemente propia de nuestras sociedades occidentales.

U.E.- Toda sociedad, como todo individuo viven de la memoria. Sin memoria, no existe duración, no existe el alma. El problema del archivo está ligado a la memoria y al pasado, aun cuando el archivo sea el archivo del presente. Si yo reúno todos los documentos producidos hoy por el ministerio de Asuntos Extranjeros, en el instante en que dichos documentos entren al archivo se convierten en una especie de depósito del pasado y por ende en asunto de la memoria. En las sociedades sin escritura, son los ancianos quienes transmiten la memoria, quienes cuentan las historias del pasado. Ello bastaba probablemente a las necesidades de tales civilizaciones orales. Luego, todas las épocas han intentado captar toda la memoria posible por todos los medios posibles, como si la memoria de los ancianos no fuera suficiente. En sus comienzos, la escritura no era del todo portátil. No existía el libro. Los griegos comenzaron a elaborar las artes de la memoria que han persistido durante la Edad Media y el Renacimiento prácticamente hasta la invención de la imprenta y aun ligeramente después. Con la imprenta, apareció el archivo de bolsillo, el libro. Se han inventado luego los escenarios de la memoria que se sustentan en una muy curiosa asociación entre el tiempo y el espacio. Para recordar el pasado lo han objetivado todo en esos teatros: un palacio por ejemplo, donde cada columna, cada estatua, cada puerta, cada corredor representa un elemento de dicho archivo. Y todo resultó muy bien porque aquella gente tenía que recordar un montón de cosas, de silogismos, de figuras retóricas que, sin medios nemotécnicos de ese género, no hubieran podido sobrevivir. Hoy, qué sucede. El archivo, lo mismo que la memoria que contiene, se han vuelto enormes. El internet guarda la memoria de todos los universos. De ahí el problema de seleccionar, de filtrar. Digo siempre, en broma, pero en el fondo no tanto, que no

existe ninguna diferencia entre la *Pravda* soviética y el *New York Times* del domingo. El *Pravda*, por definición, no contenía noticias. El *New York* dominical tiene seiscientas páginas: trae todo lo que hace falta, pero para leerlo haría falta más de una semana... Resultado, dejamos de lado todos esos tesoros de información. Con el internet, existe el riesgo de navegar, digamos, hacia el noroeste y de perder con ello todo lo que hay en el este... Es necesario aprender a dominar esa memoria a fin de evitar que nos abrume.

Con el internet, existe el riesgo de navegar, digamos, hacia el noroeste y de perder con ello todo lo que hay en el este... Es necesario aprender a dominar esa memoria a fin de evitar que nos abrume.

D.S.- En cierto sentido, el arte también es memoria. ¿Existe un tiempo específico del arte o de algunas artes?

U.E.- Lessing, en el *Laocoonte*, hizo una división aparentemente muy clara, y que desde entonces ha permanecido clásica, entre las artes del tiempo y las artes del espacio. La música es arte del tiempo. La Quinta de Beethoven dura exactamente lo que dura la Quinta de Beethoven; mientras que las artes del espacio, como la pintura o la arquitectura, no tienen nada que ver con el tiempo..., lo cual es falso. Están ciertamente las artes con fundamento en el tiempo, el cine o la música señaladamente. Pero es necesario considerar la función del tiempo en las otras artes. Frente a un cuadro de Mondrian, el tiempo del gozo puede evidentemente ser eterno. Puede usted permanecer ahí, admirarlo por horas, no importa que la información se reciba fundamentalmente de golpe, en tanto que ante un cuadro de Jerónimo el Bosco, se requiera de un cierto tiempo para verlo todo. Lo mismo frente a un cuadro de Pollock, le sería necesario tiempo si usted pretendiera seguir todos las nervaduras del *dripping*, mucho más que con Mondrian. De igual manera, existen edificaciones que exigen un tiempo de circunscripción mayor que otras. Los tiempos de circunscripción necesarios para una arquitectura del racionalismo moderno, de Bauhaus por ejemplo, es muy corto porque las fachadas son muy simples, elementales, con un cierto ritmo en las ventanas y eso es todo. La catedral de Chartres le exige a usted tres días de circunavegación porque es necesario examinar hasta en los menores detalles la escultura del tímpano, la pequeña columna acá, o la... No se consideran jamás como merecen tales tiempos, los tiempos del uso. Tiempos que también obran en el interior de la literatura. Uno se pregunta a veces por qué el autor del libro que leemos ha insertado una descripción tan larga. Ahora bien, pudiera ser que el autor haya insertado tal descripción en tal pasaje con la esperanza de que hojeáramos más rápidamente dicho pasaje, en pocas palabras que leamos su libro acelerando y desacelerando. Así que, existe también un tiempo personal de la lectura, a veces prescrito por el libro mismo.



D.S.- Hoy, disponemos de medios de desplazamiento de los cuerpos mucho más rápidos que en otros tiempos. ¿Es posible plantear la cuestión de manera que supiéramos lo que esas velocidades hacen, no a los tiempos mismos, sino a nuestra relación con el tiempo, a nuestra temporalidad?

U.E.- Ciertamente, la velocidad ha sentado en el banquillo (sacado de quicio), ha puesto en crisis la manera como vivimos el tiempo. El

El viaje imponía la reflexión, la meditación... Sin embargo, me considero como alguien que ha sido capaz de vencer la velocidad.

Usted se instala en la velocidad, en un avión, en un tren, y si es capaz de ensimismarse, de leer, de reflexionar, si no hay frente a usted un imbécil con un teléfono portátil que se lo impida, usted puede reatrapar su tiempo interior.

haber salido hace tres días de Nueva York o que falten nueve horas para que llegue a Londres donde son las once mientras que para mí son las cuatro, me vuelve loco. Lo mismo que de muchas técnicas, pudiera decirse, una vez más, que con las de la velocidad las técnicas nos arrebatan nuestro tiempo interior. Piense usted en lo que habrá sido una peregrinación en la Edad Media... Se partía con destino a Jerusalén o Santiago de Compostela. El viaje imponía la reflexión, la meditación... Sin embargo, me considero como alguien que ha sido capaz de vencer la velocidad. Usted se instala en la velocidad, en un avión, en un tren, y si es capaz de ensimismarse, de leer, de reflexionar, si no hay frente a usted un imbécil con un teléfono portátil que se lo impida, usted puede reatrapar su tiempo interior. El tiempo que paso en un tren es un tiempo ganado por mi alma, y es así como venzo a la velocidad; no me posee; me permite llegar rápidamente a un cierto sitio, pero no anula mi tiempo interior. Es una suerte de ascetismo que es necesario ejercitar uno mismo en la medida en que somos viajeros compulsivos. Porque somos tales viajeros, podemos servirnos de la velocidad sin permitirle que se sirva de nosotros.

D.S.- Las velocidades de desplazamiento son velocidades pequeñas. Cuando más, se vuela a dos mil kilómetros en el Concorde, a mil en un avión normal, a trescientos en un tren rápido. Es otra velocidad la que invade hoy la vida cotidiana: la del transporte de la información por los teléfonos, los televisores, el internet. Dicha velocidad, que es la velocidad de la luz, engendra ese fenómeno que llamamos hoy "tiempo real". Vivimos, decimos, en tiempo real. ¿De qué se trata, exactamente?

U.E.- Es un fenómeno que ha comenzado a crear esas víctimas ilustres que son los diarios. Todavía subsisten, aunque no se sepa el porqué. Se les obliga a inventarse historias. Ya en los inicios de los años sesenta, Achille Campanile, un gran humorista italiano hoy desaparecido, en un coloquio en torno a la televisión, subrayó algo que hoy sabemos muy bien, que, cuando abrimos el periódico por la mañana, nos encontramos con aquello de lo que nos habíamos enterado la víspera en el noticiero nocturno de la televisión. Es un trastorno total de las relaciones entre el pasado y el presente. En una ocasión, en Nueva York, yo había telefoneado a mi familia para darle la novedad de un atentado que había tenido lugar en Milán. A causa del cambio de horario lo había sabido a las seis horas de la mañana. Un amigo periodista me había llamado por teléfono y yo, en seguida, había llamado a mi familia. Evidentemente, el atentado había ocurrido ya, pero ellos no lo sabían aún. Como yo sí, tenía la impresión de estarle anunciando a mi mujer lo que iba a suceder en Milán y de encontrarme en la posición de Nostradamus. Es curioso, pero hoy en día esas cosas ocurren.

No hay que olvidar tampoco que la contemporaneidad es a veces una ilusión. Estamos de tal manera convencidos de que las noticias nos llegan en tiempo real que hemos terminado por ser incapaces de discernir, por ejemplo en la televisión, si alguna cosa está en vivo o se trata de material de archivo. Fue un caso frecuente durante la mayor parte de la Guerra del Golfo. Los del oficio podían darse cuenta, pero no los demás. Así, en el momento en que disponemos de la contem-



poraneidad absoluta, podemos también ser engañados por la ilusión de la contemporaneidad. Ésta no es necesariamente garantía de información veraz.

D.S.- ¿Esa nueva temporalidad produce un ensanchamiento a la escala del planeta entero de eso que solíamos llamar lo local?

U.E.- Sin duda... Piense en la correspondencia... Las cartas en otros tiempos eran evidentemente importantes por lo que en ellas leíamos. Aunque, en una relación amorosa, por ejemplo, había también el horror y la fascinación de la espera de la carta. Yo me acuerdo de haber estado, cuando tenía veinte años, enamorado de una jovencita. Era el verano, ella estaba de vacaciones. Pasaba yo las mañanas en espera de una carta suya, que acaso no llegaría sino hasta el día siguiente... Era parte de la relación amorosa. Hoy, con el correo electrónico, hasta una relación amorosa se sitúa, por así decirlo, en una suerte de presencia: se envía un correo, se recibe inmediatamente, respondemos de inmediato. En lo que a mí concierne, para las relaciones culturales está muy bien. Aunque no estoy tan seguro si los amantes serán más felices sin el desgarramiento de la espera...

Una vida de estudio

Natalie Zemon Davis

Éste es el texto de la conferencia "Charles Homer Kaskins" impartido por Natalie Zemon Davis en 1998. Traducción de Antonio Saborit.

“Pero si acabo de empezar”, protesté al recibir la atenta invitación de Stanley Katz para ofrecer la conferencia “Charles Homer Kaskins” de este año. ¿Por qué la reacción?, me preguntaba luego de haber aceptado. No me apenan mis 68 años; los uso cuando me conviene. Tampoco muestro una falsa modestia sobre el saber que he adquirido a lo largo de los años: veo la diferencia entre la muchacha que leía con la pierna cruzada *The Renaissance of the Twelfth Century* en su cubículo del Smith College, y la académica madura que, absorvida en el registro archivístico, se entume apenas con una hora de inmovilidad. Tengo confianza en las herramientas de mi oficio, y sin embargo hay grandes campos en los que tengo que trabajar como neófita para avanzar. Contar mi historia acaso ayude a descubrir la procedencia de ese estilo académico.

El pasado histórico no se discutía en la mesa del comedor cuando yo era niña en el Detroit de los treinta. Los librereros estaban llenos de